



Miguel León-Portilla

*Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl*  
*Testimonios indígenas del siglo XVI*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1985

92 p.

Ilustraciones

(Serie de Cultura Náhuatl. Monografías, 21)

ISBN 968-837-576-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/franciscanos/213.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## 8. A MODO DE CONCLUSIÓN

¿Es posible hablar de una opinión, prevalente en general en las comunidades de habla náhuatl de la región central, respecto de lo que les significó la presencia franciscana? Es obvio que implica grandes riesgos hacer generalizaciones. No obstante, si atendemos a los orígenes, bastante variados, de los testimonios aquí reunidos —México, Tlatelolco, Azcapotzalco, Tezcoco, Cuauhtinchan, Tecamachalco, Tlaxcala, Quecholac...—, veremos que en buen número de ellos hay coincidencias respecto del tema que aquí nos interesa.

Teniendo a la vista esas convergencias en la opinión indígena acerca de la obra franciscana, parece de interés establecer ahora algunas formas de confrontación entre ellas y las valoraciones que, de la acción de estos mismos frailes, han elaborado los tres modernos investigadores mencionados al principio de este trabajo. Comencemos con lo que notó Robert Ricard en su libro *La conquista espiritual de México*. Insiste él en la adaptabilidad que mostraron los primeros franciscanos, que no tuvieron reparo en mantener diversos elementos de la cultura indígena, asimilables, a su juicio, al contexto del mensaje cristiano. Algunos testimonios aquí aducidos son en ocasiones reconocimiento implícito de esto mismo. Describen, por ejemplo, algunos *neixcuitilli* o representaciones en que perduraban elementos de las antiguas fiestas. Destacan también la importancia de obras como la de fray Alonso de Molina que hizo el gran *Vocabulario* de su lengua y la de Bernardino de Sahagún que rescató el recuerdo de su pasado. Y, de modo más general, puede decirse que esa primera adaptabilidad franciscana fue una de las principales causas de la simpatía que despertaron en los nativos quienes, como Motolinía, ‘el que es pobre’, les parecían tan diferentes de los demás españoles.

Volviendo ahora la mirada al enfoque de Jonhn N. Phelan en *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, puede decirse que de los textos se desprende que a los indígenas agradó la manera como los frailes tomaron en cuenta sus formas comu-

nales de existencia. Esto se manifiesta sobre todo en los anales nativos que siguen paso a paso la acción de los frailes en uno u otro lugar, señalando que se han convertido ellos en su único apoyo en la tierra, como en los casos de Cuauhtinchan, San Juan Teotihuacan, Xochimilco, Tehuacán y otros más. De modo especial se ostentan complacidos los indígenas con las nuevas instituciones comunitarias de los hospitales y las cofradías. Si bien no cuajó el ideal de establecer una nueva forma de primitiva cristiandad, hubo al menos varias realidades de enfoque comunitario que pudieron implantarse, florecieron y fueron descritas, al menos en parte, con sentido aprobatorio por los escribanos nativos. Cabe hablar aquí al menos de una peculiar experiencia, promovida al decir de fray Jerónimo de Mendieta, por un indígena de Cholula, de nombre Baltasar, que atrajo a sus ideas a buen número de gente de Tepeaca, Tecali, Tecamachalco y Cuauhtinchan. El propósito de Baltasar, influido por uno de los doce, fray Juan de Rivas, fue fundar una especie de comunidad alejada de preocupaciones mundanas y consagrada principalmente a las cosas divinas. Baltasar alcanzó sus propósitos:

Hizo una población de hartos vecinos, a la cual puso por nombre Chocaman, que quiere decir lugar de lloro y penitencia, y púsolos en muy buenas costumbres, haciendo de común consentimiento ciertas ordenanzas y leyes de cómo habían de vivir y lo que habían de rezar y, finalmente, el modo de cómo en todas las cosas se habían de haber... <sup>115</sup>

Chocaman, establecimiento que es antecedente del pueblo que hasta hoy ostenta dicho nombre en territorio veracruzano, cerca de los límites con Puebla, llegó a ser en su momento una especie de realización de ese ideal del misticismo franciscano de que habla Phelan, “comunidad indígena ordenada como un gran monasterio o una gran escuela”. <sup>116</sup>

La fundación de Chocaman y los comentarios de algunos textos en que se externa aprobación de las formas de vida comunitaria introducidas por los franciscanos, muestran que el hombre indígena, en la imagen que se forjó de los hijos de San Francisco, coincidió

<sup>115</sup> Mendieta, *op. cit.*, p. 443.

<sup>116</sup> Ver nota 7.

a su manera con algo que se derivaba de esos ideales, relacionados con un último florecimiento del misticismo medieval en algunos miembros de esta orden.

Confrontemos finalmente nuestros testimonios indígenas con el punto de vista de Charles Gibson en *Los aztecas bajo el dominio español*. Es cierto que también en ocasiones los indígenas hicieron crítica de la actitud franciscana. Ya vimos que en un principio, al pasar por Tlaxcala, algunos los tuvieron por locos en su alejamiento de aquello que da placer en el mundo. También nos enteramos, aunque indirectamente, de lo que acerca de ellos había expresado don Carlos Ometochtzin. Mas sin soslayar esas recriminaciones, el examen de los textos citados revela que la actitud convergente de fuentes de distintos orígenes fue básicamente de aceptación y reconocimiento del quehacer de estos frailes.

Al analizar con sentido crítico los propósitos y enfoques con que se escribieron estos testimonios, vemos que no fueron elaborados bajo consigna de los misioneros interesados en alcanzar elogios de su obra. Sin género de duda puede afirmarse que expresiones como las del *Diario* de Juan Bautista de Tlatelolco, de los *Anales de Cuauhtinchan* (*Historia Tolteca-chichimeca*) y de varios de los *Anales de México y sus contornos*, son obra de escribanos nativos empeñados sobre todo en preservar para sí sus recuerdos y valoraciones. El hecho de que en tales escritos la presencia de los franciscanos aparezca como merecedora de reconocimiento, contrasta ciertamente con la acumulación de cargos que, al modo de un renovador de la leyenda negra, formula Charles Gibson.

Quien se haya acercado a textos de la tradición prehispánica, en los que se describe cuál era la condición de los macehuales o gente del pueblo podrá comprender por qué muchos indígenas, consumada la Conquista, encontraron en los franciscanos, según su misma expresión, “quienes los llevan a cuestras, como madre, como padre...”. De hecho, frente a exacciones y abusos de toda índole, de los encomenderos y a veces también de los antiguos caciques, hombres como Gante, Motolinía, Valencia, Mendieta, Molina, Sahagún y otros muchos, supieron alzar la mano en defensa de los más pobres en el agitado ámbito social de esta región nuclear del Nuevo Mundo.

Por esa su obra de genuinos humanistas que, lejos de desdeñar la cultura indígena, aceptaron de ella cuanto les pareció compatible

con su propio mensaje, que ahondaron en el conocimiento del náhuatl y de otras muchas lenguas de Mesoamérica, realizando además, al lado de sabios indígenas, un rescate del viejo legado nativo, introduciendo a veces nuevas instituciones comunitarias, los franciscanos en el México del siglo xvi y principios del xvii, vinieron a ser co-fundadores de la realidad espiritual de un pueblo en gestación. El hombre indígena, que con toda la fuerza de su expresión nos dejó las palabras que integran su 'Visión de los vencidos', supo valorar también, incluso en forma que se antoja lapidaria, la acción de su hermano franciscano. Recordemos, entre otros poemas del manuscrito de *Cantares* de la Biblioteca Nacional de México, el *Pilcuícatl* o *Piltoncuícatl*, 'canto de niños o canto de niños pequeños'. Se trata de una versión modificada del que, según ya vimos, se atribuía a fray Pedro de Gante, el famoso *Pipilcuícatl*, entonado al decir del *Diario* de Juan Bautista, en 1567. En este nuevo y revisado canto indígena se hace alabanza de Francisco de Asís y se establece un diálogo con fray Pedro de Gante. Al menos a modo de símbolo, cabe ver en esta expresión, algo de lo que el hombre indígena sintió acerca de estos frailes:

In manticuicayelcihuican,  
in ti mexicahpipiltzintin,  
ye axcan motlecahui,  
o ye totahtzin San Palacisco,  
yehuaya ilhuicac itech, ohuili...

In tlapalamoxtli moyollo,  
tipalapetolo, in quexquich mocuic,  
in toconehuilia Jesucristo,  
Zan tocontlayehuecalhui in San Palazisco ya,  
yc nemico tlalticpac.

A o anqui yanella nomache,  
maya pahpaquihuah,  
ma ic momalina tlayoli,  
techtlamacehui  
on anqui ye tozcacauhtzin San Palacizco.

Echamos de menos ya nuestro canto,  
nosotros, niños pequeños mexicas,  
ya llega hasta él,  
a él, San Francisco, nuestro padre estimado,  
allá en el interior del cielo...

Libro de colores es tu corazón,  
tú, padre Pedro, los que son tus cantos,  
que a Jesucristo entonamos,  
tú los haces llegar a San Francisco,  
el que vino a vivir en la tierra.

Así en verdad él es mi ejemplo,  
alegráos,  
que se entreteja nuestra dicha;  
por nosotros hace merecimiento  
quien lleva un collar de plumas, San Francisco... <sup>117</sup>

Las palabras del canto son búsqueda y acercamiento: libro de pinturas es el corazón de fray Pedro, collar de plumas finas lleva San Francisco. Los vencidos enriquecieron su propia visión de las realidades de su tiempo con la presencia de los rostros y corazones que habían llegado, los *motolinianih*, pobres de verdad, pero dueños de gran sabiduría: “Tu corazón es eso, un libro de pinturas...” Así hablaron los forjadores de cantos de Anáhuac a Pedro de Gante, por sí mismo, y tal vez también como símbolo de todos sus otros hermanos, los hijos de *Totahtzin San Palacisco*, nuestro padrecito, el señor San Francisco.

<sup>117</sup> *Cantares Mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, fol. 46 r. y 48 r.